

## Comentarios al texto SURABAI, de Manuela Oyarzún.

Desde su mismo título, *Surabai*, alude al desorden de las cosas y de los nombres, a lo que puede ser nombrado de una u otra forma, o ante lo que vacila el ánimo y el pensamiento certero en determinar lo que algo es. Algunos signos que han sido centrales en nuestras culturas se invierten o no encuentran lugar tan fijo, como los del día y la noche, lo femenino y lo masculino, lo útil y lo desechable. Estos son los que predominan en la obra.

En Sergio, la inversión obligada por su trabajo es la del tiempo para vivir: la noche es día, el día es noche. Los tiempos le quedan confundidos y le hacen no vivir en los mismos tiempos de los otros. También la confusión toca a los géneros, lo femenino y lo masculino en Gilda, el deseo de Ruth de ser hombre o su deseo de que Gilda sea hombre o sea *como* un hombre.

La obra piensa en lo útil, en el tiempo y el valor útil de las cosas para las personas y, en el tiempo y el valor de las personas. La frase que sirve de epígrafe no puede ser recibida sin ser tocado por ella: "Todas las cosas que deseché, aún servían de algo". Quedamos fijados a la frase, por entrañar un saber particular de la vida que ya ha sabido mirar hacia atrás. La frase retrotrae a una acción realizada en el pasado, de clausura, de cierre, de corte del vínculo con aquello desechado, y que sin embargo, aún en ese presente, seguía permaneciendo con un cierto sentido, reclamando un lugar. Botar algo a la basura, tratar a algo como basura, es dejarlo fuera del campo del interés de quien desecha o desestima aquello, pero el mismo objeto abandonado puede cobrar nueva vida ante una mirada ajena. Se vacila muchas veces antes de botar algo, antes de separarnos de su cuerpo. Su materia, su vida útil, aunque no nos sirva o no la estimemos como antes, estuvo apegada a la nuestra, tiene algo de nuestra vida, que se la lleva quien la encuentre, reciclándola. Hasta el feto deforme expulsado en la basura puede servir como caso que enriquece la medicina. La basura contamina en su faz más oscura y puede también abrir vías de una nueva vida.

También se alude al servir de las cosas, a su utilidad, a su valor, cuando quedan suspendidas si están guardadas, por olvidadas, por atesoradas, o porque no encontramos sentido a tenerlas presentes. De ese modo, la obra es también una reflexión sobre las necesidades, los deseos por las cosas y por las personas, que organizan un ámbito problemático en la vida humana y que alcanzan a esas zonas movedizas del echar de menos o del valer de una manera relativa.

Un significativo decisivo en la obra son los pelos que cobran intensas valoraciones en la medida que crecen y se traducen en valores de cambio: el pelo de Ruth cuyo deseo es intercambiarlo por una peluca o una barba; la barba de Sergio como deseo de atribución de más poder; la barba de Gilda como deseo de un lugar de diferencia. Los pelos como signo de fuerza, de vitalidad, cobran una relevancia particular como aquello que crece sin la voluntad de quien los sustenta ("el pelo es algo mío, ¿por qué funciona solo?")

Los tres personajes tienen un valor equivalente, con sus propios deseos, apreciaciones, sus ensayos de vida, sus propias quimeras. La obra no tiene un desarrollo lineal, no hay trama que evolucione hacia un climax y que encuentre su sosiego o tumefacción en un final que le siga. La atraviesan preguntas, juega con sentencias de destino (nunca te va a crecer el pelo, no viajarás, no cumplirás tu deseo), y lo nebuloso de la voluntad (“ahora, cómo puede el cuerpo mandar a crecer algo dentro de mi si yo no se lo he pedido”); con las oposiciones; con movimientos circulares que despliegan cinturones de luces y sombras en la vida de Ruth, Sergio y Gilda.

En definitiva, todo puede ser artificial, la barba, el pelo, el disfraz de turno de los sujetos. El discurso de Gilda al final de la obra da cuenta de ello y las cortinas, podríamos decir, ocultan y destapan esa condición. Al final de cuentas, todo es raro; se está en la rareza intentando apostillarla para anularla. Seres duales, cercenados, sobrevivientes, desconcertados, en tiempos y espacios equivocados, amenazados por el contagio o por el desaparecimiento, con sus destellos y oscuridades, se instalan con la intensidad de su singularidad, y ambivalentemente, en la escena del teatro y de la vida.

Olga Grau  
30 de marzo, 2010